

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del moco de mulas, con otros estraños acaecimientos en la vente sucedidos.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

sona que tan bien cantava, y era una voz sola fin que la acompañasse instrumento alguno. Unas vezes les parecia que cantavan en el patio; otras, que en la cavalleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó à la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme escuche, que oyràn una voz de un moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya la oÿmos, Señor, respondiò Dorotea. Y con esto se fuè Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion possible, entendiò, que lo que se cantava era esto.

C A P I T U L O XLIII.

*Donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas,
con otros estraños acaecimientos en la vente sucedidos.*

MARINERO soy de amor,
Y en su pielago profundo
Navego sin esperança
De llegar à puerto alguno.
Siguiendo voy à una estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella y resplandeciente,
Que quantas viò Palinuro.
Yo no sè adonde me guia,
Y assi navègo confuso,
El alma à mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encùbren

TOM. II.

G g

Quando



Quando mas verla procuro.
 O Clara, y luziente estrella,
 En cuya lumbre me apuro;
 Al punto que te me encubras,
 Serà de mi muerte el punto.

Llegando el que cantava à este punto, le pareció à Dorotea, que no ferìa bien, que dexàsse Clara de oyr una tan buena voz; y assi movièndola à una y otra parte, la despertò, dizièndole: Perdòname, niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiçà avràs oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendiò lo que Dorotea le dezia; y bolvièndoselo à preguntar, ella se lo bolviò à dezir, por lo qual estùvo atenta Clara. Pero apenas hùvo oydo dos versos, que el que cantava iba profigiendo, quando le tomò un temblor tan estraño, como si de algun grave accidente de quartana estuvièra enferma; y abraçàndose estrechamente con Dorotea, le dixo: Ay Señora de mi alma, y de mi vida, para que me despertastes? Que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora era, tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr à esse desdichado musico. Que es lo que dizes, niña? Mira, que dizen, que el que canta es un moço de mulas. No es fino señor de lugares, respondiò Clara, y el que el tiene en mi alma es con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le ferà quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, parecièndole, que se aventajàvan en mucho à la discrecion que sus pocos años prometian:

metian: Y assi le dixo: Hablays de modo, señora Clara que no puedo entendèros: Declaràos mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por aora, que no quiero perder, por acudir à vuestro sobrefalto, el gusto que recibo de oyr al que canta, que me parece, que con nuevos versos, y nuevo tono torna à su canto. Sea en buen hora, respondiò Clara; y por no oylle, se tapò con las manos entrambos oydos, de lo que tambien se admirò Dorotea; La qual estando atenta à lo que se cantàva, oyò que proseguian en esta manera.

Dulce esperança mia

Que rompiendo impossibles, y malezas,

Sigues firme la via,

Que tu mesma te finges y aderezas,

No te desmaye el verte

A cada passò junto al de tu muerte.

No alcançan Pereçosos

Honrados triunfos, ni vitoria alguna,

Ni pueden fer dichosos

Los que no contrastando à la fortuna,

Entregan desvalidos

Al Ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda

Caras, es gran razon, y es trato justo,

Pues no ay mas rica prenda,

Que la que se quilata por su gusto,

Y es cosa manifesta,

G g 2

Que



DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias

Tal vez alcançan impossibles cosas

Y anfi aunque con las mias

Sigo de amor las mas dificultosas,

No por effo rezelo

De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui diò fin la voz, y principio à nuevos follozos Clara : Todo lo qual encendia el desèo de Dorotea, que desèava saber la causa de tan suave canto, y de tan triste lloro. Y assi le bolviò à preguntar, que era lo que le queria dezir de- nantes? Entonces Clara, temerosa de que Lucinda la oyèsse, abraçando estrechamente à Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podìa ha- blar sin ser de otro sentida; y assi le dixo: Este que canta, Señora mia, es un hijo de un Cavallero, natural del reyno de Aragon, Señor de dos lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte: Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienços en el invierno, y ze- losias en el verano, yo no sè lo que fuè, ni lo que no, que este cavallero, que andava al estudio, me viò, ni sè si en la Iglesia, ò en otra parte. Finalmente el se enamorò de mi, y me lo diò à entender desde las ventanas de su casa con tantas señas, y con tantas làgrimas, que yo le hùve de creer, y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia era una, de juntarse la una mano con la otra, dandome à entender, que se cassaria conmigo; y aunque yo me holgarìa mucho de que assi fuèra, como sola

Y



y fin madre, no fabia con quien comunicallo; y assi lo dexè estar fin dalle otro favor, fino era, quando estàva mi padre fuera de casa, y el fuyo tambien, alçar un poco el lienço, ò la zelofia, y dexarme ver toda; de lo que el hazìa tanta fiesta, que dava señaes de bolvèrse loco. Llegòse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirfelo. Cayò malo, à lo que yo entiendo, de pesadumbre; y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dèl, si quièra con los ojos. Pero à cabo de dos dias, que caminàvamos, al entrar de una posada en un lugar una Jornada de aqui, le vi à la puerta del meson puesto en habito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le traxèra tan retratado en mi alma, fuèra imposible conocelle. Conocile, admirème, y alegrème: El me mirò à hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde quando atravièssa por delante de mi en los caminos, y en las posadas do llegàmos. Y como yo sè quien es, y considero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muèrome de pesadumbre, y à donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No sè con que intencion viene, ni como ha podido escaparfe de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merèce, como lo verà vuestra merced quando le vea. Y mas le sè dezir, que todo aquello que canta, lo faca de su cabeça; que he oydo dezir, que es muy gran estudiante y Poëta. Y ay mas, que cada vez que le veo, ò le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobrefalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desèos. En mi vida le hè hablado palabra,



bra, y con todo effo le quiero de manera, que no he de poder vivir fin el. Esto es, feñora mia, todo lo que os puedo dezir deste mufico, cuya voz tanto os ha contentado, que en fola ella echarèys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, fino feñor de almas, y lugares, como yo os he dicho.

No digàys mas, feñora Doña Clara, dixo à esta fazon Dorotea, y esto besàndola mil vezes. No digàys mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin, que tan honestos principios merecen. Ay feñora, dixo Doña Clara! que fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecerà, que aun yo no puèdo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? Pues casarme yo à hurto de mi padre, no lo harè por quanto ay en el mundo. No querria fino que este moço se bolvièffe, y me dexàffe, que con no velle, y con la gran distancia del camino que llevàmos, se me aliviaria la pena que aora llevo; aunque sè dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco. No sè que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha, y el tan muchacho, que en verdad que creo, que somos de una mesma edad, y que yo no tengo cumplidos diez y feys años, que para el dia de San Miguel que vendrà, dize mi padre, que los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea oyendo quan como niña hablava Doña Clara, à quien dixo: Reposèmos, feñora, lo poco, que creo, que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos, ò mal me andaràn las manos.

SOSSE-



SOSSEGÀRONSE con esto, y en toda la venta se guardava un grande silencio; solamente no dormia la hija de la ventera, y Maritornes su criada: Las quales, como ya sabian el humor de que pecava Don Quixote, y que estava fuera de la venta armado y à cavallo haziendo la guarda, determinaron las dos de hazerle alguna burla, ò alomenos de passar un poco el tiempo, oyèndole sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no avia ventana que salièsse al campo, fino un agujero de un pajar por donde echavan la paja por de fuera. A este agujero se pusièron las dos semidonzellas, y vièron que Don Quixote estava à cavallo, reconstado sobre su lançon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia, que con cada uno se le arrancava el alma: Y assi mesmo oyèron, que dezia con voz blanda, regalada y amorosa: O mi señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, deposito de la honestidad, y ultimamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que ay en el mundo! y que farà agora la tu merced? Si tendràs por ventura las mientes en tu cautivo cavallero, que à tantos peligros, por solo fervirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nuevas della, ò luminaria de las tres caras! quiçà con envidia de la fuya, la estas aora mirando, que, ò passeàndose por alguna galeria de sus sumptuosos palacios, ò ya puesta de pechos sobre algun balcon, està considerando, como (salva su honestidad y grandeza) ha de amanfar la tormenta, que por ella este mi cuytado coraçon padece? que gloria ha de dar à mis penas? Que sosiego à mi cuytado?

¿dado? Y finalmente, que vida à mi muerte y que premio à mis servicios? Y tu Sol, que ya debes de estar apriesa en fillando tus cavallos por madrugar, y salir à ver à mi señora; assi como la veas, suplicote, que de mi parte la saludes; pero guàrdate que al verla y saludarla, no le des paz en el rostro; que tendré mas Zelos de ti, que tu los tuvistes de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los campos de Tefalia, ò por las riberas de Peneo (que no me acuerdo bien por donde corríste entonces) Zeloso y enamorado.

A este punto llegàva entonces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò à cecear, y à dezirle: Señor mio, lléguese acà la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz bolviò Don Quixote la cabeça, y viò à la luz de la Luna, que entonces estàva en toda su claridad, como le llamàvan del agujero, que à el le pareciò ventana, y aun con rejas doradas, como conviène que las tengan tan ricos castillos como el se imaginàva, que era aquella venta; y luego al instante se le representò en su loca imaginacion, que otra vez como la passada, la donzella hermosa, hija del señor de aquel castillo, vencida de su amor, tornàva à solicitarle: Y con este pensamiento, por no mostrarse descortès y desagradecido, bolviò las riendas à Rozinante, y se llegó al agujero; y assi como viò à las dos moças, dixo: Lástima os tengo hermosa señora, de que ayàdes puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es possible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza; de lo que no devèys dar culpa à este miserable amante caballero,

ero, à quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad à otra, que à aquella, que en el punto que sus ojos la vièron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena Señora, y recogèos en vuestro aposento, y no queràys con significarme mas vuestros desèos, que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me tenèys, hallàys en mi otra cosa con que satisfazèros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dàrosla en continente, si bien me pidièssedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras; ò ya los mesmos rayos del Sol encerrados en una redoma. No ha menester nada desso mi señora, señor cavallero, dixo à este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? preguntò Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder desahogar con ella el gran desèo que à este agujero la ha traydo tan à peligro de su honor, que si su Señor padre la huvièra sentido, la menor tajada della, fuèra la oreja. Ya quisièra yo ver esso, respondiò Don Quixote; pero el se guardará bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por aver puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciòle à Maritornes, que sin duda Don Quixote darìa la mano que le avia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que avia de hazer, se baxò del agujero, y se fuè à la cavalleriza donde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y con mucha presteza se bolviò à su agujero à tiempo que Don Quixote se avia puesto de pies sobre la filla de rozinante por alcançar à la ventana

T o m. II.

H h

enrejada



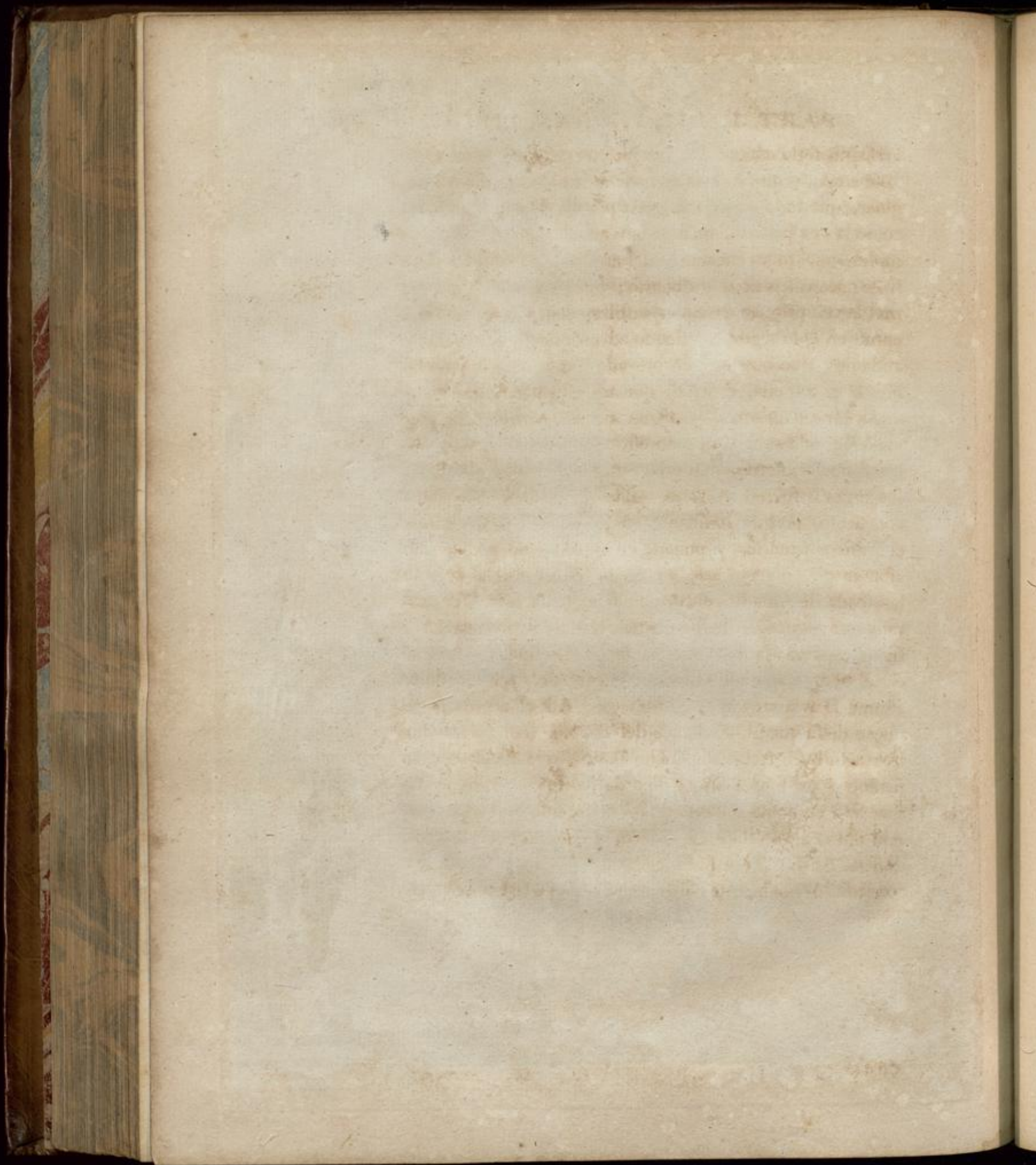
enrejada donde se imaginàva estàr la ferida donzella ; y al darle la mano dixo : Tomad, señora, esta mano, o por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mundo : Tomad esta mano, digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la besèys, fino para que mirèys la contestura de sus nervios, la trabazon, de sus musculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde facarèys, que tal deve ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo verèmos, dixo Maritornes, y haziendo una lazada corrediza al cabestro, se la hechò a la muñeca ; y baxàndose del agujero, atò lo que quedava al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que fintiò la aspereza del cordel en su muñeca, dixo : Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano : No la tratèys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze ; ni es bien que en tan poca parte vengueys el todo de vuestro enòjo. Mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchàva nadie, porque assi como Maritornes le atò, ella y la otra se fuèron muertas de risa, y le dexàron asido de manera, que fuè impossible soltarse.

ESTÀVA, pues, como se ha dicho, de pies sobre rozinante, metido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandissimo temor y cuydado, que si Rozinante se desviàva a un cabo, o a otro, avia de quedar colgado del braço ; y assi no osàva hazer movimiento alguno ; puesto que de la paciencia y quietud de rozinante, bien se podia esperar, que estaria fin movèrse



Ju. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 234.

Ger. Vanderhucht sculp.
24



vèrse un figlo entero. En resolucion vièndose Don Quixote atado, y que ya las damas se avian ido, se diò à imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamiento como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le moliò aquel moro encantado del arriero; y maldezia entre si su poca discrecion, y discurso; pues aviendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se avia aventuràdo à entrar en èl la segunda; siendo advertimiento de cavalleros andantes, que quando han provado una aventura, y no salido bien con ella, es señal, que no està para ellos guardada, sino para otros, y assi no tienen necesidad de provarla segunda vez. Con todo esto tiràva de su braço, por ver si podia soltarse, mas estàva tan bien afido, que todas sus pruebas fuèron en vano. Bien es verdad, que tiràva con tiento, porque rozinante no se movièsse; y aunque el quisièra sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, ò arrancarse la mano. Alli fuè el deseàr de la espada de Amadis contra quien no tenia fuerça encantamiento alguno. Alli fuè el maldezir de su fortuna. Alli fuè el exagerar la falta que hazia en el mundo su presencia el tiempo que alli estuvièsse encantado, que sin duda alguna se avia creydo que lo estàva. Alli el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso. Alli fuè el llamar à su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en fueño, y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordàva en aquel instante de la madre que lo avia parido. Alli llamò à los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen. Alli invocò à su buena amiga Urganda, que le socorrièsse. Y finalmente alli le tomò la mañana tan desesperado



rado y confuso, que bramava como un toro, porque no esperava el, que con el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: Y haziale creer esto, ver que rozinante poco, ni mucho se movia, y creya, que de aquella fuerte sin comer, ni beber, ni dormir avian de estar el y su cavallo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque a penas començò a amanecer, quando llegaron a la venta quatro hombres de a cavallo muy bien puestos y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estava cerrada, con grandes golpes: Lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexava de hazer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: Cavalleros, o escuderos, o quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que afaz de claro esta, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el Sol este tendido por todo el suelo. Desviaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos, si fera justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o castillo es este, dixo uno, para obligarnos a guardar estas ceremonias? Si soys el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas que dar cevada a nuestras cavalgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos, cavalleros, que tengo yo talle de ventero? respondiò Don Quixote. No se de que teneys talle, respondiò el otro, pero se que dezys disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es, replicò
Don

Don Quixote, y aun de los mejores desta provincia; y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeça. Mejor fuèra al revés, dixo el caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano; y ferà, si à mano viene, que deve de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener à menudo essas coronas, y cetros que dezis; porque en una venta tan pequeña, y à donde se guarda tanto silencio, como esta, no creo yo, que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò Don Quixote, pues ignorays los casos que suelen suceder y acontecer en la cavalleria andante. Cansàvanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasàva, y affitornàron à llamar con grande furia; y fuè de modo, que el ventero despertò, y aun todos quantos en la venta estàvan, y assi se levantò à preguntar quien llamava?

SUCEDIÒ en este tiempo, que una de las cavalgaduras, en que venian los quatro que llamàvan, se llegó à oler à Rozinante, que melancolico y triste con las orejas caydas sostenia sin moverse à su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar à oler à quien le llegava à hazer caricias; y assi no se hùvo movido tanto quanto, quando se desviàron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla, dièran con el en el suelo, à no quedar colgado del braço: Cosa que le causò tanto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortàvan, ò que el braço se le arrancàva, porque el quedò tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besava la tierra, que era en su perjuzio;
porque